

transports the protagonist to another plane in which dreams, desire, and most importantly happiness, are possible.

This happiness however is ephemeral. Although the title of the novel, which springs from Airelai's vision of the world as at once beautiful and horrible [«esta vida tan bella y tan oscura» (150)], could be understood to imply a certain balance between beauty and horror, those who are familiar with the author's trajectory will not be surprised to find this not so. Yet even for the initiated, the dark tone of the novel and the extensive cruelty of the acts recounted (the torture of the whale, the abuse of the protagonist's family, the burying alive of the Portuguese's baby, etc.), coupled with the absence of the characteristic Montero use of humor, result in a novel that could easily be qualified as the author's most somber reflection on humanity to date.

University of Toledo

KATHLEEN THOMPSON-CASADO

José Manuel Caballero Bonald. *Campo de Agramante*. Barcelona, Anagrama, 1992, 298 pp.

En *Campo de Agramante*, Caballero Bonald vuelve a ambientar su nueva obra dentro de sus paros literarios predilectos: Sanlúcar de Barrameda, el Parque Nacional de Doñana, y el *hinterland* de la serranía gaditana. Dentro de esta geografía real va intercalando algunas toponimias y personajes ficticios utilizados en sus novelas anteriores, a saber: los cerros de Alcaduz, la Algaida, Benalmijar, Matafalúa y el viejo Leiston. Esta mixtura de ambientes ya conocidos y antiguos personajes crea una atmósfera novelesca tensada de fantasía que se compagina a la perfección con el título de la obra. Efectivamente, como el veterano literato advierte con un epígrafe tomado del *Persiles* de Cervantes, pretende zambullirnos en una zona de confusión o un lugar de disputas y riñas, es decir, en un campo de Agramante. Pero este cimiento geográfico que es la Baja Andalucía no sólo sirve para potenciar un cierto aire legendario y mitológico, sino que también señala la perplejidad anímica del protagonista, un curioso yo-narrador de hoy cuyo nombre nunca llega a saberse.

Campo de Agramante consta de seis capítulos de extensión pareja y un breve «Preámbulo.» Tanto aquéllos como éste se dividen en varios apartados en los que el protagonista narrador pasa a recordar un nuevo «enigmático episodio» u otra «maraña emocio-

nal.» En su prefacio, el autobiógrafo se presenta mediante el recuento de la primera vez que padeció —«en los últimos días de abril hace nueve años» (p. 20)— una extraña aflicción: «... que podía oír los ruidos antes de que se produjesen...» (p. 9). «Don Misterios», así lo llama su amiga ocasional, Marcela, resulta ser un hijo único de veintiséis años, huérfano de padre, heredero de una empresa maderera familiar y muy mimado por una madre recién casada en segundas nupcias con el tío Leonardo, el hermano de su difunto marido. En el presente textual el protagonista se pone a «escudriñar en lo que me pasaba» (p. 113) porque acaba de experimentar otra «anormalidad auditiva»: ha oído el grito de una suicida antes de producirse el nefasto evento y sin que nadie más hubiera percibido nada. Este prólogo, con sus ribetes picarescos, vaivenes cronológicos y trazas policíacas, empuja al lector a seguir leyendo la «autobiografía» de este confuso y acomplexado personaje. Sus dudas, reflexiones y reminiscencias intentan convertir al lector en un detective y un psicoanalista, que, al comienzo, se deja encantar por la poderosa y poética prosa de Caballero Bonald.

Aunque al principio el «oído premonitorio» y la hipersensibilidad del narrador estimulan la curiosidad del lector, sus divagaciones vienen a generar un estilo híbrido que no convence. De hecho, uno acaba preguntándose exactamente ¿qué pretende Caballero Bonald con esta novela? El recuento de nimias y anómalas experiencias vitales levemente conexas entre sí produce un retablo de personajes secundarios tan curioso como desconcertante: una monja enana; Emeterio Bidón, un hombre que puede «respirar sin mayores esfuerzos debajo del agua» (p. 57); Gabriela Vinagre, la alcahueta local; Anita Latemplaria, una curandera; y Juan Orozco, un botero que lleva al narrador a observar los pájaros del Coto de Doñana y cuya muerte misteriosa se aclara hacia el final de la novela. Aunque sugerentes, estos tipos no pasan de formar un elenco de personajes cuyo papel principal parece ser reforzar el tema del color local de por sí muy presente en la novela. Tal vez la creación de tantas figuras adyacentes se deba al sempiterno conato y fascinación por parte del novelista de compendiar la historia de las tres culturas presentes en la región. Así, se conoce a Consuelo la Siria, «una marismeña con aire de recién domesticada» (p. 112), que puede representar la sensualidad desenfrenada del mítico microcosmo natural de Doñana. Luego están los lugareños (calafates, riacheros, madereros y pescadores), que llevan generaciones trabajando en la

desembocadura del río Guadalquivir. Finalmente, se hace hincapié en el mundillo pequeño burgués sanluqueño, sobre todo en los adinerados y ociosos que pasan sus vidas en los bares y bodegas. Caballero Bonald obviamente disfruta de la creación de tantos personajes indudablemente pintorescos, pero, que cual títeres, van entrando y desapareciendo del escenario sin de veras perfilarse.

Por otra parte, su afán de escribir una novela basándose en la «psicoterapia» y «escriptoterapia» de un narrador ofuscado por el fluir de la vida y que decide combatir sus supuestas anormalidades explicándose por escrito tampoco llega a buen puerto. Don Misterios es un narrador demasiado poco fidedigno. Escribe: «.... todo lo que llevo escrito son recuerdos o simulacros de recuerdos, registros volubles en la intimidad tergiversados luego por la inmediatez de su anomalía o por mi propia ineptitud para irlos reconstruyendo» (p. 184). Seguimos sus pasos por la Baja Andalucía mientras deja entrever sus lucubraciones sobre la telepatía, su complejo de Edipo y sus enfrentamientos y conversaciones con susodichos personajes. Sin embargo, su relato se deshilvana transformándose en un diario novelado. Caballero Bonald juguetea excesivamente con la frontera entre la historia y el argumento, mostrando preferencia por el discurso caótico y la desigual descripción de los conflictos existenciales de su narrador. Si bien se aprecia el penetrante análisis psicológico que hace el escritor jerezano de su joven protagonista, al igual que Don Misterios, el literato tampoco está: «nada seguro de haber sabido establecer con una mínima competencia la linde entre lo verídico y lo ilusorio» (p. 215). El largo y lento proceso de curación y emancipación del protagonista termina diagnosticándose como una simple «mala racha», agravada, sin duda, por las ingentes cantidades de manzanilla y oloroso que bebe el diarista sibarita. Eso sí, Caballero Bonald logra rendir homenaje a Sanlúcar de Barrameda y sus buenos caldos, pero a costa de olvidarse de que la solera novelesca no se consigue combinando tantos efluvios estilísticos.

En resumen, *Campo de Agramante* contiene el aire de un crimen, una colmena de personajes, un pueblo de los prodigios y la saga/fuga de una emancipación hogareña, pero abarca mucho y aprieta poco; por ende, difícilmente llegará a entusiasmar al público lector.